**Domingo 28º T.O. (B) (14.10.2018): Marcos 10,17-30.**

***“El ‘buen judío’ será... el último”.* Te lo digo y lo escribo CONTIGO,**

La mano narradora del Evangelio de Marcos (María Magdalena) nos cuenta en 10,17-30 el final de la segunda etapa del ‘camino’ que inició Jesús y sus acompañantes en Cesarea de Filipo (8,27) y que finalizará en la ciudad de Jerusalén (11,1). Esta manera de contar lo que significó la experiencia del seguimiento de Jesús resultó ser tan acertada que los Evangelistas Mateo y Lucas se atrevieron a copiarla casi completa en sus Evangelios de Jesús de Nazaret.

La liturgia de la misa de este domingo nos ofrece la posibilidad de leer y contemplar críticamente el texto de **Marcos 10,17-31**. Confieso que, con toda la normalidad posible, para escribir este comentario he tenido que abrir mi Biblia y volver a caminar mis ojos por los surcos del texto. Y he constatado que las ya conocidas tijeras vaticanas se han comido esto: *“Hay muchos primeros que serán últimos. Y últimos que serán primeros”* (10,31). ¿Por qué no se lee?

El mensaje de este 10,31 contiene, sin duda, una de las claves de compresión de la pregunta y respuesta formuladas desde el comienzo del sorprendente relato sobre el seguimiento de Jesús, sea quien sea la persona que se lo plantee: *“Se ponía Jesús en camino cuando uno corrió a su encuentro y, arrodillado ante él, le preguntó: Maestro bueno, ¿qué he de hacer para tener en herencia la vida eterna?”* (10,17). Esta es la pregunta de ‘un buen judío’ adulto y muy rico.

Según el parecer de la narradora María Magdalena, a ‘su’ Jesús de Nazaret le encantó encontrarse con este ‘buen judío’ -puro de sexo, puro de ley, puro de cuerpo y puro de raza-. Le encantó tanto que le propuso dedicarse a ‘ser pescador de hombres’ (Mc 1,14-20), es decir, liberador de personas esclavizadas. Es decir, enriquecedor de personas empobrecidas. Es decir, humanizador de personas deshumanizadas. Es decir, elector de la utopía que es la convivencia. Es decir, tener y ser sal, tener y ser paz, como ya había dejado claro anteriormente (9,33-50).

Aquel ‘buen judío’ adulto y rico bajó la cabeza entristecido ante Jesús, le dio la espalda y se fue por donde había venido y con todo cuanto había traído, al menos dentro de sí. No se atrevió a compartir ni una sola palabra más, aunque fuera de despedida. Jesús volvió a hablar. Sus discípulos de camino (incluida la propia Evangelista María Magdalena) se sorprendieron y quedaron asombrados. También Pedro, que reclama su patrimonio de poder, tener y salvar.

Recordaré una vez más que en las etapas de este camino, el Jesús de María Magdalena va evangelizando a los suyos. Es decir, va sembrando dentro de ellos una semilla que no es otra cosa que aprender a con-vivir (vivir-con los otros codo con codo) sin dominar, sin esclavizar, sin aprovecharse unos de otros. La semilla de la Evangelización de este hombre es aprender a compartir lo que se es y cuanto se tiene. Y este aprendizaje no se impone, lo decide cada uno.

Todo ‘buen judío’, como el adulto y rico de este texto del Evangelio, como tanto piadoso y practicante religioso -sea católico, musulmán, hindú, evangélico, o...-, ¿no acaban por creerse, en nombre de sus dioses, **los primeros** ‘aquí’ y en ‘**sus** más allá’ que sólo ellos conocen? ‘Estos primeros’, leo en ese versículo que se nos escamotea, **van a ser últimos**. Y ‘todo mal judío’ o ‘todo último’, dice este Jesús sembrador, están siendo ‘los primeros’ en aprender a con-vivir.

**Domingo 46º de Lucas (14.10.2018): Lucas 21,1-38.**

***“El reinado de Dios está dentro… de ti y de mí” (Lucas 17,21)***

Este Jesús de Nazaret del que nos ha escrito el Evangelista Lucas está en el Templo de Jerusalén porque ha venido desde la lejana región de Galilea para evangelizar. Está aquí para anunciar ‘su buena noticia’ que ya dejó explícitamente proclamada en la sinagoga de su tierra de Nazaret (Lucas 4,14-30). Permanece en el Templo, y habla, aunque sabe que sus días están contados: *“Los escribas y los sumos sacerdotes trataron de echarle mano..., porque comprendieron que la parábola la había dicho por ellos”* (20,19).

Jesús permanece dentro de ese Templo y *“al alzar la vista, ve a unos ricos que echaban sus donativos en el Tesoro del Templo...”* (21,1-4). Ve esto y lo denuncia... *“llegarán días en los que no quedará piedra sobre piedra de este Templo”* (21,5-7). Estas palabras pronunciadas, según Lucas, por Jesús están anunciando que el Templo de Jerusalén va a ser destruido.

Cuando este Evangelista escribe estas cosas, el Templo de Jerusalén ya ha sido destruido por los romanos. En el transcurso del año 70 y siendo Vespasiano emperador de Roma, Tito sitia la ciudad de Jerusalén, la incendia y la destruye. Poco tiempo después, muy probablemente, se escribe la llamada ‘obra de Lucas’: su Evangelio, la primera parte, y el Libro de los Hechos de los Apóstoles, la segunda.

Muchos comentaristas y estudiosos de este Evangelio suelen decir que el Jesús de Lucas anuncia acontecimientos en la historia de Jerusalén y del Templo de los judíos que ya habían sucedido: *“Cuando veáis a Jerusalén cercada por ejércitos, sabed entonces que se acerca su desolación... Jerusalén será pisoteada por los gentiles...”* (21,20-24).

Al constatar estos datos de la destrucción de Jerusalén y de su Templo en torno al año 70 d.C. conviene decir aquello de “llueve sobre mojado” del refrán. El escritor judío del **Libro de Daniel** (en su capítulo noveno, por ejemplo) ya anunciaba la destrucción de esta Jerusalén y de su Santuario. Y mucho antes en la historia también lo anunció y escribió **Jeremías** en el vigesimosexto capítulo de su Libro. Quien se lo lea descubrirá que este Jeremías fue condenado a morir por haber denunciado las maldades de la ciudad de la Paz y de su Templo.

Este Jeremías, profeta, salvó su vida de la muerte por haber hecho y dicho lo que anteriormente ya denunció **Miqueas**, otro profeta sin ‘pelos en la lengua’ ante el malvado mal de los poderosos que mandan y no hacen otra cosa que aprovecharse y enriquecerse de sus ‘esclavizados servidores’. Quien se haya leído una vez Miqueas 3,9-12 sabrá que esto es cierto.

¿Cómo olvidar estos antecedentes tan evidentes y sonoros cuando se contemplaba la realidad de aquella Jerusalén y de su Templo en los tiempos del Jesús de Nazaret y de aquel siglo que se empezó a llamar el primero de una nueva era?

Al acabar esta página de comentario cito esta pregunta que se lee en 21,7: “*¿Cuál será la señal de que todas estas cosas están a punto de suceder?”.* La señal primera y más clara, cierta y cumplida es l**a ostentación**. Ésta esconde siempre, como en un iceberg, la corrupción humana.